

precipitan, por otra parte, consolidando con paciente escrupulosidad la una antes de acometer la otra. Dispuestos siempre á conceder la paz, usaban de la violencia con humana avaricia, y el gran recurso de su absorción consistía en el respeto de los vencidos, á los cuales incorporaban desde luego á la nación, introduciendo su lengua, la lengua de la civilización, y con ella sus instituciones, sus costumbres y los beneficios de su cultura incipiente. En caso de que el rumor de la inquietud resonara en la tribu dominada, el gobierno no se apresuraba á requerir el hierro, echando mano de otro recurso, menos sangriento sin duda, pero más cruel por ventura, y que consistía en renovar una parte de la población alterada por un doble juego de emigración, que mezclaba á los rebeldes con los sumisos, y garantía, por el temor recíproco, la fidelidad de todos;—éxodo doloroso, en que la víctima se arrancaba al sitio prestigioso de sus recuerdos y de sus amores, y que sólo es concebible en naciones que han aumentado la responsabilidad y la soberanía personal hasta el extremo en que lo consumaban las antiguas instituciones del Perú.

Estas emigraciones eran arregladas conforme á los censos del imperio, llevado por medio de los *quipus*, su único instrumento mnemónico para la aritmética, la historia y la estadística. Los *amautas*, sabios encargados de la educación, y los *heravecs*, poetas á la manera de los romanceros castellanos, y de los trovadores escoceses, transmitían de generación en generación la his-

toria oral y melódica del opulento imperio.—A pesar de rendir adoración religiosa á los astros, su astronomía era mucho más atrasada que la de los aztecas, y no llegaba á la altura de la ciencia de los muiscas, habitantes de la América Central, que algunos suponen ser los pobladores de Anahuac, antes de la conquista, derribada por los españoles.

Menos extraña es la pobreza de sus instituciones económicas. Dominaba en el Perú una ley agraria mucho más severa y eficaz, que la que introdujo Licurgo en la constitución de Lacedemonia. Dividido el territorio en tres porciones desiguales, se consagraba la una al Sol, otra al Inca y la última al pueblo. El destino de la primera era emplear sus productos en el culto y el sostén de los que se veían imposibilitados para el trabajo, á causa de sus enfermedades ó de su vejez; la segunda se empleaba en beneficio del Inca y su familia, y la tercera era anualmente repartida á razón de un *tupu* (fanega y media) por cabeza, á cuyo reparto se agregaba un *tupu* por cada hijo y medio por cada hija. Antes de atender cada uno al cultivo de su propia tierra, tenía que labrar con sus compatriotas el campo del Sol, y en la misma forma el del inca, luego que habían terminado los trabajos personales. Sobre el pueblo pesaba también el deber de ejecutar las obras útiles á la nación, levantando puentes, extendiendo caminos, edificando templos y palacios. Además de esta carga tenía exclusivamente la de las contribuciones, con las cuales

mantenia todas las órdenes del estado, la nobleza como el clero y el ejército, exentos á su vez de iguales obligaciones. La trasmisión hereditaria de los oficios, era igualmente impuesta por la ley. Cerrado, por fin, el imperio á toda comunicación con el extranjero, que sólo avistaba en el día tremendo de la batalla, ignoraban los principios del comercio. Sólo en el interior del país las necesidades propias impulsaban al hombre á trocar sus productos por los ajenos, observando en estos tratos la permuta, cambio embrionario, por el cual las transacciones son morosas y necesariamente reducidas. Quiere decir esto que los peruanos, inferiores en el presente punto á los aztecas, no habían inventado aun una moneda, expresión intermedia de los valores, que circula en las sociedades como la sangre del comercio y vivifica la riqueza pública, dando prodigiosa extensión al cambio, elemento universal que liga los intereses de los hombres de toda región, y hace disfrutar al soldado ruso de los productos vegetales de los Andes, así como abriga al guardián de nuestras fronteras sobre la Patagonia con los paños de las fábricas de Manchester. Por consecuencia, los metales preciosos estaban destinados á objetos de puro adorno, y monopolizados por el gobierno, sólo se empleaban en embellecer los templos del Sol y los palacios del Inca.

Cierto es, que bajo este sistema patriarcal, la pobreza no era amenaza que pudiera inquietar el sueño de los peruanos; pero si atendemos á las

leyes enunciadas y observamos la anulación de la libertad de industria, por una parte, y por otra la abolición de la propiedad territorial, toda vez que el individuo no conseguía sino el usufructo temporario de una porción uniforme de tierra, que volvía al estado, al fin de cada año para tornar á ser transmitida también en usufructo, encontraremos esa sociedad impotente para el progreso, ya por la incertidumbre de la posesión, ya por la igualdad, sistemática de la división de la misma propiedad, que no dejaba esperanza de mejor suerte ni de grandes adelantos á las virtudes de la labor y de la perseverancia, á la destreza del agricultor ni á la fatiga de la ancianidad. Tal era el resultado económico de un estado social, que humillaba el pueblo, y arrebatava á las personas su más alta y genuina prerrogativa; que reputaba al individuo como resorte de movimiento y de acción, y filtraba en toda la sociedad el vigor de un poder emanado de los dioses, constituyendo una teocracia conquistadora, cuya dulzura de formas y de medios, nada quitaba á la realidad del despotismo; que amarraba los hombres al pie del altar, extirpaba la fuente de la riqueza, y sepultó por fin la noción del individuo y de la acción privada, con la espiga de oro de la gran divinidad al echar los cimientos de la ciudad real y santa del Cuzco, santuario venerado del Sol y de los Incas.—Estos eran los pueblos más aventajados de América. Después, si exceptuamos las naciones de la América Central, en las cuales brillaban algu-

nas luces científicas, ningún otro rastro había de progreso en el orden de los conocimientos y en las formas de la sociedad.

Réstame sólo dar una idea de la antigua población de nuestra propia patria.

V

El antiguo territorio argentino, que los españoles solían apellidar por su desmedida extensión, el *Gigante de las Indias*, era efectivamente, antes de la cuestión de límites con el Brasil, en la cual perdimos la actual provincia del imperio Río Grande del Sud y que más tarde dieron pretexto á la ocupación de las Misiones Orientales; antes de la desmembración del Río de la Plata y Paraguay, cambios que observaremos en oportunidad, era, decía, una vasta región que se extendía desde la Cordillera de los Andes hasta el Océano Atlántico, midiendo la latitud comprendida entre los 25° y el Cabo de Hornos colocado en los 55°, siendo limitada en el norte por las posesiones portuguesas y las tribus de Moxos y Chiquitos.

Razas salvajes poblaban, si bien con poca densidad, esta zona de tierra, en que los primeros conquistadores no encontraron grandes halagos porque no les ofrecía otro espectáculo, sino las pobreza de sus tribus, que sólo podían esperar

alivio del trabajo. La clasificación del hombre indígena de nuestro país, está distante aun de haber llegado á un grado de certeza capaz de no suscitar debate. El tipo físico y moral de las diversas naciones que lo poblaban, se diferenciaban poco entre sí, y por punto general, puede afirmarse su identidad de origen con los que ocupaban todo el territorio sud-americano, si bien desde luego se percibe la diversidad de fechas de las varias emigraciones, que pueden haber lanzado á América pueblos que llegaban á la Patagonia por ejemplo al último grado de la barbarie, mientras que en el Perú se ostentaba una especie de civilización regular; y no es un dato despreciable como elemento de juicio, el observar que la casta civilizada de las orillas del Pacífico se llamaba nueva, al paso que en las costas del Atlántico y en las regiones más septentrionales de Sud América, así como en los confines del Estrecho y del Cabo, dormitaban en la vida nómada tribus populosas, que sin duda precedieron y acaso muchos siglos, á las emigraciones de los Incas.—No es de extrañar la obscuridad que envuelve estos problemas, por más que sea lamentable. Tribus errantes sin hogar, sin tradición y sin historia, nada nos han dejado para estudiarlas y clasificarlas con probabilidad de acierto. La geografía, que en sus denominaciones revela la existencia de cada lengua, no es en nuestro caso un guía seguro, porque frecuentemente no indica sino el paso de naciones viajeras, que como los guaraníes, se encon-

traban dispersos y entremezclados con otras mil naciones, desde las cabeceras del alto Paraguay, hasta las islas del Delta, salpicando también las vastas regiones del Chaco extendiéndose por el oeste hasta los valles de las cordilleras. Muchos nombres de sitios y corrientes no han llegado tampoco hasta nosotros, sino alterados por los primeros descubridores; el nombre de las dos únicas naciones civilizadas del continente, son un ejemplo palpitante de lo que afirmo. Otras de las dificultades con que necesariamente tropieza el investigador moderno, es la falta de atención con que los antiguos clasificaban las lenguas y las naciones, multiplicándolas indefinidamente, ya porque dieran á cada tribu uno ó más nombres, que las hacían aparecer como naciones diversas, ya porque presentaran como lengua distinta los dialectos de un mismo idioma. Azara, Alcides de Orbigny y M. de Moussy, han hecho plausibles esfuerzos por reducir á términos razonables la complicada nomenclatura de los misioneros y descubridores de los siglos XVI y XVII, y siquiera tengamos que congratularnos del éxito de la mejor parte de sus trabajos, no han conseguido, sin embargo, resultados completos. ¡Cuántas naciones indígenas, por otra parte, han desaparecido del territorio argentino, exterminadas las unas por el sable del aventurero español, despedazadas las otras por sus propios compatriotas, y no escaso número, confundidas en el seno de otras tribus! De los querandíes, que señoreaban las costas del

Paraná, apenas queda consignado en las crónicas antiguas, el recuerdo de su resistencia indómita, y del heroico nervio con que se opusieron á la entrada del soldado español, que venía á arrancarlas del suelo en que se arraigaban por el instinto de la patria y la atracción mágica de los sepulcros.—Sumergidos con su nombre y su tradición en el seno de parcialidades más venturosas ó devoradas por la tierra que defendían con estupendo coraje, han desaparecido de sus antiguos dominios, regando con sangre el fondo de sus tumbas, ó con lágrimas de eterna desventura la nueva patria de sus descendientes, sin conseguir despejar los nebulosos horizontes de su nativa barbarie. Igualmente ha desaparecido la bizarra nación de los charrúas, señores de la ribera oriental del Plata, cuyo odio á la conquista y á todo linaje de opresión, los hizo rechazarla con idéntico valor, contentos de soportar la dura tiranía de la naturaleza y de la fuerza, déspotas que anulan la libertad del salvaje.

La raza predominante en estas regiones ha sido sin duda la raza guaraní. Brotaban sus poblaciones desde las vertientes del Paraguay, y se dilataban por la antigua provincia de Guayrá, lindera del territorio brasileiro; se extendían por las costas del Uruguay y Paraná, y llegaban hasta las islas del Delta y las tierras firmes de las cercanías, ocupando Las Conchas, San Fernando y San Isidro, y se extendían hasta el Valle de Santiago y Santa Ana, al sud de Buenos

Aires; cruzaban además el Chaco en grupos dispersos, como ya lo he indicado, y se hablaba su idioma por muchas tribus de la antigua provincia del Tucumán.—El espíritu novelesco de los primeros aventureros castellanos supo dar formas fantásticas al misterio que envolvía las poblaciones del Nuevo Mundo, y los gigantes descomunales de la Patagonia, así como los pigmeos comechingones de las comarcas centrales, llenaban con los fenómenos de su naturaleza soñada, los anales de la época. A la orilla de ríos que traían oro en sus arenas, el delirio no podía menos de concebir habitantes tan extraordinarios como su propio país, y es de notar la utilidad, que la conquista reportó de todos esos sueños de imaginaciones febricantes por la avaricia, que buscaban, ya las opulentas orillas del Dorado, ya las encantadas poblaciones de los Césares, como más adelante tendré ocasión de consignarlo en presencia de las expediciones de dos siglos. La población de la Patagonia se componía de las tribus tehuelches y algunas de origen araucano, que se extendían y dominan aún en las pampas de Buenos Aires, cuya emigración se supone, que coincide con las conquistas de los peruanos sobre el territorio de Chile.

Por lo que hace al Chaco, se han reconocido en sus límites, además de los grupos guaraní, varias naciones, designadas con los nombres de tobas, mocovís, guaycurús, raza casi extinguida, y otras cuyo origen es obscuro, aunque algunos sospechan que, como lo calchaquíes de Tu-

cumán, no sean sino diversidades de la gran familia guaraní. Igual sospecha subsiste respecto á los indios minuanes de Entre Ríos y á infinitas tribus, que sin duda provienen de un tronco común. El tiempo habría podido borrar numerosas analogías, que acaso restablecerán estudios posteriores, cuando las tareas históricas pierdan en la República su actual complicación, y sea dado consagrarse al examen de puntos secundarios con la decisión y perseverancia que reclaman nuestras antigüedades. Es constante que la conquista peruana llegó hasta la provincia de Tucumán. Monumentos de su arquitectura, la extensión de la lengua quichua y los anales del imperio, comprueban este dominio adquirido al tiempo de la conquista del Alto Perú, en el reinado de Capac Inca Viracocha, por sometimiento voluntario del rey ó cacique de Tucma. Según lo que dejo expuesto, la raza guaraní y sus diversidades ocupaban el territorio argentino, á excepción de la irrupción araucana de la Pampa y parte de la Patagonia, y la transformación, que la civilización quichua había comenzado en Tucumán.

La raza guaraní es bien conformada en lo físico, sufrida, mansa, aunque celosa de su independencia, que defendió con tesón hasta que vino á rendirse bajo la persuasiva propaganda de los evangelizadores. Sus ritos primitivos y escasos, acusan la falta de las altas nociones religiosas en su alma, y si exceptuamos algunas ceremonias empapadas de superstición, ningún

indicio hallaremos del culto que tributaran al ser supremo que su sentimiento íntimo no podía menos de adivinar, y al cual es fácil demostrar que confesaban, así como concebían la identidad del hombre más allá de la muerte.

La palabra guaraní *Anguerá*, que significa *alma de muerto*, y esta otra voz *Tecobé apirey*, que significa *vida eterna*, comprueban mi afirmación, debiendo advertir que estas voces en su forma analítica, revelan su carácter primitivo. Puede manifestarse también su poder de abstracción en la diferencia de los distintos ejercicios de nuestra naturaleza, y en la clasificación de los padecimientos humanos. *Angeçô açi* (trabajo del alma)—*Tete reçô açi* (trabajo del cuerpo) marcan esta diferencia en guaraní. Su etimología emana también de una idea abstracta: *Ang*, quiere decir alma, y téngase en cuenta que esta voz es un monosílabo.

Estas ideas fundamentales no eran sino los gérmenes que espíritus trabajados atesoraban sin desarrollar, no pudiendo resistirse á las vehementes inclinaciones de su conciencia en el día en que lanzaban la mirada á esa bóveda trasparente, tras la cual busca siempre el ojo de la criatura la región de la fortaleza y del consuelo. El cálculo entre los guaraní se arrastraba en sus más informes rudimentos. Sus nombres numerales no llegaban sino hasta cinco, valiéndose en adelante para significar colecciones de cinco hasta veinte, de las palabras *acepopetey* (una mano), *acepô*, *acepiabé* (las manos y los pies) y

de clasificaciones indeterminadas, como *hetá* (muchos), *mbobí* (algunos), *ndipapahabi* (innumerales), etc., etc. Su estado social era el verdadero estado salvaje. Vivían de la caza y algunas tribus de una agricultura atrasada é imprevisora. Así como la antigua familia de los patriarcas asiáticos representa el primer elemento de la sociedad, cuya ley es Dios,—así las tribus errantes, las generaciones desterradas de su pasado, sin raíces en la patria, sin responsabilidad en la conciencia invisible de sus herederos, era unión, por fin, cuyo Dios es la naturaleza rebelde y tirana, representa la depresión intelectual y moral, la barbarie, que dista mucho, mal que pese á misántropos utopistas, de ser inherente á la humanidad, nacida para la verdad y para el amor. Este era el grado en que los guaraní se encontraban. Gobernados por cacicazgos hereditarios, no tenían forma alguna estable ni definida, que determinara las relaciones recíprocas de los hombres de la tribu.—Su lengua estrictamente sometida á la forma analítica, sintetizaba en una sola palabra las varias ideas, que los hombres civilizados expresamos, cuando decimos *costumbres*, *ejercicio*, *condición*, *estado*, *ley*, y que ellas, por cuanto las confundían en una sola noción indeterminada y sin consistencia, transmitían en esta sola voz: *Tecçô*.—El elemento simpático de su naturaleza no había llegado á desenvolverse, por consiguiente, en la vida social. Más vivo lo encontramos, si vamos á buscarlo en sus primeras irradiaciones, recon-